

Lo justo, lo bello y la verdad*

Just, beauty and truth

Juan Ramón RODRÍGUEZ LLAMOSÍ
Magistrado-Juez
Decano de Juzgados de Alcorcón (Madrid)

Resumen: En este trabajo se combinan, como en un juego de malabares, tres conceptos que en sí mismos parecen independientes entre sí: justicia, belleza y verdad, y sin embargo, veremos de qué modo no son tan extraños entre ellos, sino que guardan una cierta relación de interdependencia.

Abstract: In this work are combined, as in a juggling act, three concepts in themselves independent: justice, beauty and true to see how they are not as strangers to each other, they bear a certain relationship of interdependence.

Palabras clave: Justicia, Belleza, Verdad.

Keywords: Justice, Beauty, True

Sumario:

- I. **Justificación.**
- II. **Lo justo.**
- III. **Lo bello.**
- IV. **La verdad.**
- V. **Conclusión.**

Recibido: octubre 2015.

Aceptado: diciembre 2015.

* Conferencia pronunciada por el Ilmo. Sr. Don Juan Ramón Rodríguez Llamosí, Magistrado-Juez Decano de los Juzgados de Alcorcón (Madrid) en el Real Centro Universitario “*Escorial-María Cristina*”, Estudios Superiores del Escorial con motivo de la Solemne Clausura de las actividades académicas del Curso 2014-2015, el día 9 de mayo de 2015, fiesta de la Conversión de San Agustín, patrono de los Estudios Superiores del Escorial

I. JUSTIFICACIÓN

Hace unos años, invitado por unos amigos, visité la ciudad de Hamburgo. Entre los muchos y gratos recuerdos que tengo de aquella bella ciudad alemana hubo uno que suscitó mi interés porque combina los tres conceptos sobre los que voy a reflexionar en este trabajo y a los que, a pesar del tiempo, sigo dándole vueltas en mi cabeza, como hacen esos malabaristas con las pelotas que lanzan al aire moviéndolas sutilmente con sus manos, sin que se les caigan al suelo.

Todo empezó en el museo Kunsthalle. Recorriendo sus salas aprecié expuesto en una de sus paredes un cuadro de una increíble belleza que me impresionó sobremanera. Se trata de un óleo del pintor Jean-Léon Gérôme pintado en 1861 y titulado *Friné ante el areópago*, que representa uno de los más curiosos juicios que tuvieron lugar en la antigua Grecia.

La historia es conocida. Friné era una famosa hetaira griega (una prostituta) célebre por su belleza, nacida en Tespias en el año 371 a. Cristo. El significado del apodo es "*sapito*". Era la amante y musa favorita del escultor Praxíteles, quien se inspiró en ella para la creación de varias esculturas de la diosa Afrodita. Su nombre ha trascendido a la historia sobre todo por dos anécdotas.

En una de ellas Praxíteles le ofreció a Friné como pago de sus servicios, la escultura que ella quisiera de las que él tenía en su estudio. Friné no sabía de arte y no se veía capaz de decidir cuál era su mejor pieza, así que, con astucia, urdió un plan. Dio instrucciones a un sirviente para que durante una cena irrumpiera diciendo que el estudio estaba en llamas. Así lo hizo y Praxíteles gritó: "*¡Salvad mi Eros!*". De este modo ella supo que aquella era la mejor obra y fue la que eligió.

La otra, que es la que aquí más me interesa. es la relativa al juicio. Praxíteles utilizaba a Friné, además de amante, como modelo para representar a la diosa del amor, fertilidad y belleza femenina (de hecho, se considera que la escultura llamada la Venus de Cnido es una representación de Friné) por lo que, debido a su continua comparación de su belleza con la de la diosa Afrodita, fue acusada de impiedad, un delito muy grave en la Grecia clásica (el mismo delito por el que se sentenció a muerte a Sócrates a beber la cicuta por corrupción de adolescentes).

Por petición de Praxíteles, durante el juicio fue defendida por Hipérides, famoso por su oratoria y su habilidad procesal. Sin embargo, Hipérides fue incapaz de convencer a los jueces con su discurso y, a medida que avanzaba el juicio y notaba que inevitablemente lo iba a perder, como último recurso, recurrió a la belleza y, en un imprevisto de los jueces y de la muchacha, tiró del vestido de Friné dejándola completamente desnuda delante de todos los jueces que formaban el areópago, convenciéndoles de este modo que no era justo privar al mundo de tal belleza, porque ella era un monumento vivo a la diosa de la belleza. Con esta estrategia, Hipérides consiguió, no sólo una gran fama, sino conmover a los jueces quienes, de forma unánime, la absolvieron.

Este hecho me llevó a pensar en muchas ocasiones lo difícil que resulta conjugar estos tres términos: justicia, belleza y verdad, sobre todo, hoy en día, en una sociedad como la nuestra donde impera tanto relativismo. De modo que ha llegado el día de examinar cada una de las palabras por separado y ver el modo en que se pueden combinar.

II. LO JUSTO

A lo largo de la Historia lo justo, entendido como aquello que es de justicia, que es lo equilibrado, lo equitativo, ha sido objeto de muchas reflexiones y ha variado según las distintas etapas históricas.

Si miramos en un rápido repaso la Historia vemos:

En el siglo IV a. de Xto., Platón estuvo dándole vueltas a la idea de qué es un Estado justo (la polis griega) y quién es un individuo justo.

Mucho después Cicerón en el siglo II a. Xto, decía que “*es absurdo pensar que sea justo todo ¿Acaso lo son las leyes de los tiranos?*”.

Con el derecho romano, Ulpiano definió el derecho como “*alterum non laedere, honeste vivere, suum cuique tribuere*” (el arte de dar a cada uno lo suyo, vivir honestamente y no hacer daño al prójimo).

La Biblia, en cambio, usa tres términos para referirse a la justicia: *sedaqah* (justicia); *sedeq* (justo); y *sedaq* (tener razón, ganar el juicio). Llama la atención que el hebreo use como parte de su lenguaje el término *sedeq*, porque *sedeq* es un higo que sabe a higo o un tomate que sabe a tomate.

Lo que está claro es que, a partir de la Biblia, quedó sentado que hay dos tipos de justicia: la justicia de Dios, que es siempre implacable (Dios es siempre justo); y, la justicia humana, que es una especie de justicia-respuesta. Es decir, el hombre, a diferencia de Dios que siempre es justo, no siempre es justo, pues su justicia varía dependiendo de sus circunstancias personales, sociales, geográficas, históricas, etc.

De hecho, cuando miramos a la humanidad vemos la cantidad de leyes y de actos humanos que han sido inmorales e injustos porque no buscaban el bien del hombre. Basta recordar actos como la esclavitud (de la que todavía hoy quedan muchos resquicios en algunos países); o la sodomía (por la que fueron condenados tantos seres humanos y hoy, sin embargo, celebramos el día del orgullo gay); también la imposibilidad del sufragio femenino (algo impensable en nuestra sociedad civilizada), o, recientemente, el aborto, mal llamado “*interrupción voluntaria del embarazo*”, porque no se interrumpe nada, sino que se detiene el proceso para siempre.

De modo que, indagar sobre lo que es justo para los demás o para uno mismo, saber cuándo se está dentro de las Leyes divinas o profanas, conforme a la ley natural, la razón y el derecho, es, una tarea difícil y costosa porque depende, según las épocas y las civilizaciones, del ideal de Justicia, tan tornadizo y tan preclaro al mismo tiempo, que en cada momento se tenga.

Como digo, hallar lo que es justo no es tarea fácil. ¿Qué es lo que le sucede a Job en la Biblia? Cuando Job se revela contra Dios, empujado por sus amigos, que le hacen saber que algo malo habrá hecho para perder a toda su familia, todos sus bienes, su ganado y su hacienda, Dios se revela en una teofanía (una tempestad que demuestra su omnipotencia) y le advierte:

“si eres valiente, prepárate, yo te preguntaré y tú me vas a responder”.
Y le hace una serie de preguntas: *“¿dónde estabas tú cuando afiancé la tierra? Habla, si es que sabes tanto.”* (Job 38,4); *“¿Tiene padre la lluvia?”* (Job 38,28).

Job, que no sabe responder, comprende que la justicia de Dios es implacable, que Dios juega con el mal y, con humildad, dirá esa preciosa cita bíblica que es todo un ejemplo de piedad: *“antes te conocía de oídas y ahora te han visto mis ojos”* (42,5). Job creía que Dios era culpable de sus males y descubre que sus amigos, que le lanzaron contra Dios, son los injustos, mientras que Dios es el justo.

Y es que a los seres humanos nos resulta difícil ser justos. Ser justos a veces implica jugar a ser Dios. Sucede prácticamente en todas las parcelas de la vida.

Hay muchos supuestos que se pueden contar pero voy a referirme a dos, que tomo de un interesante libro titulado “*Vamos, juguemos a ser Dios*” y que permiten ver la dificultad de poder ser justos:

El primero de ellos es el caso de un hombre de 66 años que, inesperadamente, enferma de ambos riñones de tal modo que su vida corre un serio peligro si no se le realiza rápidamente un trasplante. Se analiza el núcleo familiar y se observa que las células de su nieto de 22 años son compatibles con él, por lo que con la donación de un solo riñón del muchacho, su abuelo podrá vivir unos cuantos años. Sin embargo, dado que la enfermedad del abuelo es genética, es probable que el muchacho acabe padeciéndola antes o después con lo que, al tener un solo riñón, sus expectativas de vida se mermarían. Les pregunto: ¿recomendarían ustedes el trasplante? Antes de contestar, permítanme darles un dato. El abuelo es un cirujano eminente que salva entre 100 y 300 vidas al año. Si ustedes se sienten inclinados a responder a favor de autorizar el trasplante les diré que el nieto, además de ser un investigador de provecho con un prometedor futuro en el que podrá salvar miles de vidas, tiene una hijita de dos años y su preciosa mujer espera su segundo hijo. ¿Qué sería lo justo en este caso? La respuesta es difícil, pero además implica una tentación y es que cuando un ser humano tiene que decidir sobre otro si concederle o no unos años más de vida dándoselos en este caso al abuelo y quitándoselos al nieto: ¿no está jugando a ser Dios?

Otro caso llamativo es el de una niña que, a los ocho añitos de edad, sufre una esas llamadas “*enfermedades raras*”. Se inicia con una degeneración en el nervio óptico que se extiende rápidamente al sistema nervioso central acabando por fallecer con una terrible agonía ocho meses después de haberse detectado el mal. A pesar de que sus padres tomaron medidas anticonceptivas para evitar tener más hijos, cuatro años después la mujer quedó embarazada de nuevo. Se analizaron las posibilidades de padecer la misma enfermedad de la hermana en el feto y se descubrió que eran del 25%. Cuando un amigo sacerdote, por sus convicciones religiosas, les desaconsejó el aborto, la madre le respondió:

“¿no se da usted cuenta de que no vamos a poder dormir tranquilos hasta que el niño haya superado a los 15 años la edad el punto de peligro?”.

Lo que dice la madre es comprensible, pero nuevamente surge la cuestión: ¿qué es lo justo: privar de nacer a un ser humano ante el temor de un nuevo sufrimiento o arriesgarse a alumbrar su vida con conciencia plena de que hay posibilidades de que padezca la misma enfermedad que acabe matándole? Y volvemos a lo de antes: ¿no es jugar a Dios decidir si ese niño debe vivir o no?

Al hilo de estas cuestiones nos podemos hacer infinidad de preguntas: ¿somos justos cuando decidimos cuál de los enfermos que están en lista de espera recibirá el corazón o el hígado que acaban de donar y que salvará su vida?, ¿somos justos cuando trasvasamos el agua de un río a otro beneficiando una población en detrimento de otra?, ¿somos justos cuando echamos un pesticida en el jardín para que luzca el verde y matamos la plaga pero también a los gorriones?

Dejo los interrogantes en el aire y voy a pasar ahora a la segunda cuestión, no menos exenta de reflexiones.

III. LO BELLO

Cuenta mi querido amigo y sabio profesor el doctor don Alfonso López Quintás, que había unos obreros haciendo una obra. A uno de ellos le preguntaron qué es lo que hacía y respondió que poner un ladrillo encima de otro. A otro, que le hicieron la misma pregunta, respondió: trato de mantener a mi familia; y a un tercero, a quien plantearon la misma cuestión respondió: construyo una Catedral.

Como vemos, son diferentes respuestas ante un mismo acto. En la primera, el obrero solo percibe lo material; en la segunda, el ámbito, la necesidad de sustentar a su familia; y en la tercera, lo espiritual, lo bello. Por tanto, la belleza no depende de cánones, sino de la experiencia estética de cada uno.

Se preguntaba san Agustín: *¿algo es bello porque agrada, o agrada porque es bello?* Con lo que queda planteada la alternativa entre la belleza y la fealdad. Es decir, ¿nos gusta algo porque es hermoso, o es hermoso y por eso nos gusta?

Cuenta una leyenda que un hermoso día soleado dos hermanas llamadas Belleza y Fealdad decidieron salir juntas a pasear. Al pasar junto al río sintieron deseos de tomar un baño bajo el fuerte sol de verano; así que se despojaron de sus ropas y entraron lentamente a las aguas. Juguetearon, salpicaron con sus saltos dentro del agua y rieron hasta ya avanzada la tarde. Al salir, se vistieron cometiendo una equivocación: Belleza se puso las ropas de Fealdad, y Fealdad se vistió con las ropas de Belleza. Y, dice la leyenda, que hoy en día la gente sigue confundiéndolas. Y no sin razón.

Dicen que la belleza o fealdad de una persona se observa en su corazón, pero, ¿creen ustedes que esto es así? Si miramos la pintura no faltan artistas

que han padecido de una locura extrema como el caso de Van Gogh. El mismo Caravaggio era un asesino. En la literatura recuerden ustedes que mi tocayo Juan Ramón Jiménez padecía una hipocondría tan severa que buscaba siempre vivir cerca de un Hospital y, hasta el mismo Baudelaire, que le preguntaba a la belleza: “¿Vienes tú del cielo profundo o sales del abismo?”, era hijo de una vida desestructurada y carente de cariño que le llevó a una intensa locura. En la filosofía, Nietzsche que fue el teórico del superhombre padeció en su plena madurez una apoplejía que le dejó postrado en una cama el resto de sus días. Sin embargo, fíjense ustedes que obras tan hermosas nos han dejado todos. De modo que, desde la locura, también es posible, como recomendaba Platón “engendrar en la belleza”.

La cuestión es más complicada si unimos belleza con justicia. Porque: ¿es posible engendrar belleza en un mundo injusto?, ¿es justo que en este mundo haya millones de muertos de hambre, de pobres, de indigentes, de niños desnutridos, explotados o sin educación, de personas sin trabajo o con salarios por debajo del mínimo legal sin prestaciones sociales ni sanitarias?, ¿que existan millones de personas engañadas por una mentira que parece verdad a fuerza de repetirla?, ¿es bello un mundo en el que no impera la verdad?, ¿sabemos toda la verdad del holocausto nazi, de las guerras en los países musulmanes, de la invasión de Irak, Afganistán, o la existencia de las armas de destrucción masiva?

Luego, algo no es verdad porque es bello, sino que es bello porque es verdad. De la misma manera, algo no es justo porque es bello, sino que es bello porque es justo. Se conjugan así tres palabras: justicia, belleza y verdad. Ya he hablado de las dos primeras y ahora voy con la última.

IV. LA VERDAD

Desde niño me enseñaron que había que decir siempre la verdad. Con el paso de los años, *cuando la violencia de las pasiones se ha relajado, libre ya de una multitud de furiosos tiranos*, como le decía Céfalo en amena conversación sobre la madurez a Sócrates, he aprendido que más importante que decir la verdad es perseguirla.

Decía Santo Tomás que la verdad es la adecuación de la cosa al entendimiento. Resulta, sin embargo, arriesgado y hasta difícil buscar esa autenticidad entre lo que pensamos y la realidad porque jamás nadie se ha puesto de acuerdo en describir cual debe ser el grado de adecuación o conformidad del entendimiento con la realidad para poder llamar a esa concordancia verdad.

Es bien conocida la célebre máxima de Lessing, puesta de manifiesto en una de las cartas que le escribe a Mendelssohn, según la cual si Dios le ofreciese con la mano derecha la verdad plena y en la izquierda el ansia de buscarla, no dudaría en escoger esta segunda opción, aun estando convencido de que jamás podría dejar de perseguirla, porque la posesión de la verdad es atributo exclusivo divino, mientras que la auténtica condición del hombre consiste en el afán por perseguir la verdad y conseguirla.

Hablando de divinidad. Recuerden a Jesús ante Poncio Pilato cuando, interrogado por éste, le pregunta: “*y ¿qué es la verdad?*”, y, sin embargo, cómo era un déspota, se vuelve dando la espalda a la respuesta que no quería conocer y que el mismo Jesús había dicho de Sí mismo en el evangelio acerca de que Él era la verdad, el camino y la vida y que sólo la verdad nos haría libres.

El octavo mandamiento del Decálogo nos dice: “*No darás falso testimonio ni mentirás*” aludiendo a la importancia de decir la verdad en nuestra propia vida tanto en el hacer como en el hablar, buscándola y adhiriéndose a ella, y ordenando la propia existencia según las exigencias de la verdad.

Sin embargo, como Poncio Pilato, vivimos dando la espalda a la verdad, inmersos en medio de un mundo de creciente relativismo que proclama que no hay nada cierto y todo es relativo y de radical escepticismo que anula el impulso humano de amor a la verdad. Decía san Agustín:

El que vive ha de saber el porqué, y quien no sabe el porqué de su vida ignora su ser de hombre.

Sin embargo, el hombre de hoy, este hombre occidental moderno, prefiere creer que todo es relativo y nada tiene sentido, por lo que no anhela comprender ni alcanzar nada, a pesar de que quien ama la verdad, la verdad sobre la vida, sobre sí mismo, sobre los demás, sobre el mundo, y la busca, y la desea, descubre que ésta existe, pero no es patrimonio de nadie. Así decía el poeta Antonio Machado:

*“¿Tu verdad? No, la Verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela”.*

Ni tampoco es cuestión de impresiones o sentimientos:

*“En mi soledad
he visto cosas muy claras
que no son verdad”.*

La filosofía, que tanto empeño ha puesto, ha podido responder, a la eterna incógnita y establecer de manera unívoca y con criterios uniformes e insoslayables qué es la verdad, llegando a negar toda verdad absoluta, universal y necesaria por considerar que ésta es relativa y depende de las circunstancias y del contexto sociocultural. De hecho, el existencialismo, llegó a afirmar que no todas las verdades tienen el mismo valor: hay verdades de valor objetivo absoluto y, otras, que dependen de la subjetividad de la persona. Luego, hay verdades afirmadas por unos y negadas por otros. E incluso, dentro de la misma filosofía, hay distintos criterios de ordenación de las verdades en función de la situación histórica de la persona. Por eso, aunque podamos establecer verdades absolutas, verdades de valor objetivo, aquellas cuya esencia no se puede negar, como la realidad es tan inagotable y tan inabarcable, resulta que la búsqueda de la verdad se convierte para el afán insaciable del saber humano en una tarea inacabada e inabarcable, a la que sólo le cabe buscar mejores maneras de preguntar. De esta manera la respuesta a la pregunta acerca de la verdad se convierte para el hombre moderno en un interrogante, no sólo sobre lo que es la verdad sino sobre donde se puede encontrar.

Decía San Agustín: *“Noli foras ire, in te ipsum rede. In interiore homine habitat veritas: et si tuam naturam mutabilem inveneris, transcede te ipsum”* (De vera religione, XXXIX, 72). (*“No vayas fuera, permanece en ti mismo. En el hombre interior habita la verdad: y si encuentras tu naturaleza mutable trasciéndente”*).

Por tanto, en el interior del hombre habita la verdad y conocer esto conlleva haber encontrado la felicidad.

Cuenta una antigua leyenda que en el comienzo de los tiempos los demonios se reunieron para hacer alguna diablura a los hombres y después de mucho pensar decidieron que la mejor de todas sería quitarles la felicidad. El problema que se les planteó era saber dónde esconderla para que los hombres no la pudieran encontrar nunca. Uno de ellos pensó que lo mejor sería enterrarla en la cima del monte más alto del mundo pero a esa idea todos replicaron que el hombre es fuerte y algún día podría escalar esa cima, desenterrarla y encontrarla. Otro propuso una idea mejor: sumergirla en el fondo del mar y, de nuevo, todos se opusieron porque sabían que el hombre tiene curiosidad y podría descender al fondo de los mares y hallarla. Otro propuso que lo mejor sería llevarla fuera de la Tierra, a algún planeta lejano, pero todos replicaron que el hombre tiene inteligencia y algún día podría construir una nave espacial y viajar con ella a ese planeta donde pudiera encontrarla. Después de tanto pensar, a uno de ellos se le ocurrió un lugar donde realmente el hombre nunca podría encontrarla. Asombrados todos le preguntaron cuál era ese lugar. Y él respondió:

“La esconderemos dentro de ellos mismos. Ahí nunca podrán encontrarla, porque los hombres estarán siempre tan preocupados en buscarla por fuera que jamás ninguno reparará en que la felicidad está escondida en su propio interior”.

Y todos estuvieron de acuerdo con esta idea. Desde entonces, concluye la leyenda, el hombre se pasa la vida buscando la felicidad fuera de él, en las cosas que le rodean, sin reparar en que realmente la felicidad la lleva consigo en su interior.

V. CONCLUSIÓN

Termino con un precioso poema de Antonio Gamoneda, Premio Cervantes 2006 que dice así:

*“El Caballero de la Eterna Juventud
obedeció, hacia la cincuentena,
a la verdad que latía en su corazón,
y partió una bella mañana de julio
para conquistar lo bello, lo verdadero y lo justo”.*

Deseo a todos los jóvenes que hoy recibís la beca colegial y a los que recibís la medalla de fin de carrera por los años de estudios dedicados de vuestra vida que nunca dejéis de buscar con anhelo lo que es justo, lo que es bello y la verdad en vuestras vidas y en vuestros trabajos porque sólo así alcanzaréis la verdadera felicidad.

